

---

# LOS BASTARDOS DE AURORA

---

Rubén Montefeltro (La Pluma Real) Aldobrandeschi

Martha Lombardo

Luna (Phoenix) Lombardo

Teresa Dirichlet

Salazar Montefeltro

Natalia Montefeltro

Cintia Montefeltro

Dobriilo Montefeltro (El caballero de la Bondad)

Alejandro

Zuzen

## Teresa: Los jueves por la tarde

Está bien, hace mucho tiempo, en la ciudad Aurora, dos personas se conocieron, yo, con un hombre encantador, un hombre tan amable y gentil, sus encantos eran sumamente grandes, era tan dulce, todas las noches eran buenas cuando estaba con él. Apenas y nos conocimos y comenzamos a salir, en aquellos días yo era tan solo una chica que trabajaba en un restaurante, eso no era particularmente algo bueno para el señor Salazar, desde el inicio no me llevé bien con él, en realidad, no me llevé bien con nadie.

Su nombre era Giotto Montefeltro, tenía el mismo nombre que su bisabuelo, su espíritu era tan confortante, lo veía a los ojos y sentía que no tenía problemas, no me creerán, pero, el día que nos conocimos en aquel restaurante, me dijo:

—Me presento, Giotto Montefeltro, estoy desempleado, pero me encantaría saber si hay una vacante... en su corazón.

Simplemente le sonreí, le llevé la carta y me invitó a comer, claro que me rehusé, pero, otro día, el de mi descanso, me pidió que comiéramos juntos. Esa misma tarde, frente a un lago, nos besamos y acepté a salir con él más seguido. El padre de Dobrilo era bastante apuesto, sinceramente no puedo haber pedido a alguien mejor, no era el más guapo, pero era sin duda el mejor de todos, aunque me mantuve ocultando mucho mi historia, él se dio cuenta y dejó de preguntar.

Oh, ¿mi familia?, pues, no era el mejor de los momentos, en Aurora las diferencias entre las personas importan, bastante, eran dueños del restaurante, bueno... mi madre, era la dueña, pero, enfermó y no se pudo hacer nada. Yo no fui particularmente muy dada a la escuela, la mayoría del tiempo me dediqué al negocio familiar. Aprendí varias cosas, pero no lo mantuve sola, así al menos podía tener un día de descanso.

Giotto y yo continuamos saliendo, era de noche, tomó mi mano, me besó el cuello, y me pidió que me casara con él. Yo, no tenía idea qué hacer, apenas pasaron unas cuantas citas y el tipo ya quería casarse, le dije que debía de pensarlo más detenidamente, casarse no era algo así de fácil. Además, ¿conmigo?, no entendía qué tenía de bueno pasar una vida conmigo.

El siguiente jueves no lo vi. Oh, sobre las citas... bueno, no sé si deba contarles eso, pueden robar las ideas de Giotto. Claro que sí, ustedes dos solo son amigas, sí, sí, por supuesto, bueno... veamos, la primera, pues fue al restaurante con una flor blanca, la tuve en un vaso de cristal, sinceramente no sé cómo cuidar flores y no duró tanto, vivíamos en la parte alta del restaurante, era de madera, no sé qué pasara con él. Como sea, me llevó al parque, casi no había salido para nada, Sofía se había encargado de la mayoría de las cosas, como reabastecer los ingredientes y las deudas.

Comimos unas salchichas juntos, y nos quedamos sentados en un parque, no creerán cómo me pidió el beso, me dijo que tenía un poco sucio el labio, me preguntó si quería que lo limpiara, yo le dije que por supuesto, pero que cómo iba a limpiarlo, ninguno de los dos tenía papel, y el tacaño señor de las salchichas no nos dio servilletas, entonces me contestó:

–No planeaba usar papel, ni siquiera usar las manos – Lo miré como diez segundos

–Me volveré vieja y probablemente mi labio siga sucio – sonrió y entonces, nos besamos.

La siguiente cita lo hice esperar, era mi día libre pero tuvimos la casa llena, así que tuve que ayudar a Sofía con varias cosas, me esperó pacientemente parado en una esquina, trató de ser mesero pero... definitivamente no era lo suyo, digo, era bastante amable pero... no conocía nada del menú, aunque le sacaba sonrisas a las personas, eso ayudó con su paciencia, llevaba traje como de costumbre, le decían que se veía bien, parecía un niño jugando, quizá eso era lo que más me encantaba de él, siempre sonreía cuando lo veía.

Al terminar, nos fuimos juntos, le compré un helado, le advertí que era su pago, pues no estaba contratado, subimos a un carrusel, sinceramente el carrusel dio igual, nos quedamos viendo el uno al otro durante todo el recorrido, si el caballo en el que iba estaba en mal estado, iba rápido o lento, no me hubiera importado, pues solamente recuerdo sus ojos, aquellos bellos ojos brillantes, azules como los de mi hijo. Si el mundo hubiera terminado esa noche, tampoco hubiera importado, no recuerdo nada más que su sonrisa y su rostro, un rostro que tenía la terrible fortuna de envejecer algún día, y honestamente, me hubiera encantado verlo, aunque me hubiera dolido, envejecer con él era lo mejor de mi vida.

La tercera cita simplemente nos quedamos en la hierba, hasta que se dieron las diez de la noche, no dijimos nada, no hacía falta, no era el hecho de decir algo, era el hecho de estar juntos, de vernos, o de saber que estábamos al lado del otro, de tocar nuestros dedos y saber que todo estaba bien, el cielo brillaba y era hermoso, pero ambos sabíamos que no era tan hermoso como la persona que estaba con nosotros, uno podía cerrar los ojos y sentir la brisa de la noche en su piel, el ruido de los insectos, la calma nocturna en un parque.

No eran necesarias las palabras, cuando decidimos regresar él me preguntó si quería volver a hacer algo como eso, en la cuarta cita, me llevó otra flor, esta vez celeste, dijo que eran realmente especiales, esperen, ¿se están sonrojando?, pensé que estaba tratando con unas amigas supuestamente. No lleguen tarde a sus casas, ¿entendido?, no quiero que tu padre sepa que yo te conté esto, como si no bastara la mala fama que tengo, nunca que se lo pude contar, me apena tanto que me enterara de esta forma. Bueno... ustedes... ni se les ocurra citas de noche, ir al parque está bien, pero de día, además aquí no hay tantas personas que vendan cosas, o eso me dijo el señor Renoir.

Hablando de comer, definitivamente es hora de comer algo, pero, supongo que ustedes dos tienen planes para comer juntas, sí, sí, sí, dicen que no por cortesía, pero prefiero mucho más la honestidad, será mejor que vaya a la casa del señor Renoir, si quieren más de la historia no duden en visitarme, sinceramente me viene mejor, ir en carruaje es aburrido, además Félix se la pasa en su jardín o con sus amigos, pero ya saben lo que dice el tipo *No son de hablar mucho*, no sé quién le enseñó a hacer chistes, pero qué bueno que no vive de la comedia.

Oh, no, niña, qué dices, claro que no le dije que nos casáramos, me lo volvió a proponer, pero, con mucha más calma, bueno, eso es subjetivo, no pasó tanto tiempo. Entendió que necesitaba algo de tiempo para pensarlo, después de todo tan solo era una chica que fingía ser adulta con un restaurante que no era de ella. Sofía era realmente la que sí era una adulta, no nos llevábamos tanta diferencia de edad, pero, en cuestión mental, ella siempre me ganó en eso. ¿Cómo fue?, oh, vamos, váyanse a comer... ¡Comida!, por supuesto. Como si no conocieras a las chicas de su edad. Dejen de sonrojarse, no me engañan, se ve que están en el efecto de la tontería, parecen bobas cuando se cruzan sus miradas, vayan ya a comer y saluden a Pávlov, o... mejor no, no, no lo saluden, solo coman.

## Rubén: La búsqueda de la paz

Miró a ambos lados, no hay nadie, pero, me da miedo que alguien pregunte qué estoy haciendo, no tiene sentido, después de todo, soy el dueño del edificio. Trato de relajarme, tomo mi frasco de pastillas, casi lo abro, pero decido no hacerlo.

–Debes controlarte, no puedes seguir así.

–¿Seguro?, no puedes huir de mí – dice una voz, volteo, pero, no hay nadie, sé quién es.

Desisto de mi intento de tomar la pastilla, la ironía me carcome, ser el creador de las pastillas y no tomarlas, parece gracioso viéndolo desde afuera, y de no ser porque esa voz me persigue. Tomo aire, de nuevo prosigo abriendo la puerta del sitio, mi mano tiembla bastante, pero después de varios intentos logro dar con la cerradura. El clima es fresco, me hace temblar, pero no es el frío el motivo, es... él, el sol apenas e ilumina, su espíritu parece incluso más cansado que el mío, mis plumas de pavo real voltean para ver si alguien me ve, de nuevo, no hay nadie, de nuevo, no estoy haciendo algo malo, pero, necesito saberlo.

Entro en el sitio, el amplio patio, rodeado de paredes grises que solo causan tristeza, me recibe como si fuera un conocido, no habla, pero, mi corazón se reconforta del gran espacio vacío, sin miradas, sin ojos, ni bocas que me juzguen, sé que soy el pecado en persona, pero... aún así espero paz. Entro al edificio, el templo de las deidades de Aurora no había sido abierto durante muchos años, lo cual, es interesante, pues en cada esquina se jactan de su superioridad espiritual.

Hace poco me dieron las escrituras del templo, eso no es realmente legal, pero en Aurora como en muchos sitios, el dinero mueve los trámites y la justicia se pone del lado de uno. El Estado se interesó en saber cuál era el motivo de mi compra, un sitio en decadencia que nadie atendía desde hacía muchos años, era comprado por el tipo de ropas extrañas. La verdad es que, por extraño que parezca, no quiero destruir el lugar, ni tampoco usarlo para algo de mis negocios, simplemente quiero estar en paz, pues en mi casa no puedo estarlo, dicen que las personas son tan oscuras como los secretos que guardan, me temo que es verdad, y justo en este pensamiento, recuerdo mi ansiedad, volteo, solo el polvo me acompaña, no hay nadie...

Miro mi frasco, no, debo resistirme, eso solo me hace sentir sin mente, no quiero eso, suelto un par de lágrimas, sé que lo merezco, pues mis manos aunque limpias, están llenas de sangre, la imaginación se torna en realidad, veo mis manos y en verdad se ven rojas, veo mis ropas y también están manchadas, veo las paredes y están ensangrentadas, sé que no es real, pero no puedo convencerme, la escalera en espiral delante de mí, ahora no se ve gris por las sustancias acumuladas por el tiempo, ahora parece líquida, bajo la mirada, pero el suelo tiene huellas de sangre, cierro los ojos, mi corazón se siente presionado, es como si un arpón cruzara mi pecho, nunca me ha pasado, pero supongo así debe ser.

—No, es real — mi respiración se acelera, trato de pensar en una pluma — soy la pluma, soy la pluma — trato de controlar mi respiración, comienza a bajar, y cuando estoy tranquilo, abro los ojos y veo que estoy sentado en el polvo del suelo.

No me quiero levantar, sé que al menos no me pasará de nuevo por ahora. Mi cabeza duele, tomo aire, odio ensuciarme, pero sinceramente es lo que menos me importa, mi garganta se siente seca, si llego a encontrar agua dudo que tenga menos polvo que el resto del sitio. Estoy despeinado, mis plumas se sienten desordenadas, el cuello de plástico me aprieta porque bajo la mirada, no es tan doloroso, solamente no me quiero mover, no sé qué es lo que más me duele, mis ataques o sentir que me los merezco, y con eso, me quedo en silencio en el suelo.

Después de un rato, me decido a levantarme, las escaleras cerca de la entrada me brindan apoyo, parece que se va a caer el barandal en cualquier momento, tal vez después de todo tenga que gastar mucho más en el lugar, claro, después de una crisis como esa lo que pienso es en el dinero, eso no me hace nada diferente al resto, lo medito, y realmente no lo soy, soy un desgraciado y merezco lo que me pasa, soy igual que ellos, no soy crítico porque sea puro, soy crítico porque todos en esta ciudad somos así. Me sacudo el polvo lo mejor que pueda, ordeno las plumas de mi cuello, acomodo la gabardina, limpio mi rostro con un pañuelo que traía en los bolsillos interiores de mi abrigo, avanzo y veo con atención las paredes sucias por el paso de los días en soledad, el sitio hexagonal se ve gris, o eso creo, es más la falta de iluminación, la única luz que llega es la que logra traspasar los vidrios del techo, por alguna razón están llenos de hojas, algunas aún verdes, aún el sol sigue igual de débil como mi mente, doy pasos con tranquilidad, las puertas están entreabiertas, comienzo a mirar detenidamente.

El edificio en hexágono tiene dos pisos, es enorme, en cada arista tiene una columna de lo que parece ser mármol, al menos después de pasar otro pañuelo sobre la superficie es lo que logré alcanzar a ver con la poca luz, en el centro, de igual forma, la escalera está rodeada de seis columnas de lo que parece ser mármol oscuro, supongo que están para sostener el segundo piso, en cada lado del hexágono en el que estoy, hay una puerta en la que podrían pasar cinco o cuatro personas de mi tamaño a la vez, encima de la puerta tiene un cartel que supongo indicaba en su tiempo a qué deidad estaba destinado ese lugar, ninguno se logra ver, el vidrio se alza en forma diagonal tocando el comienzo de la segunda caja hexagonal, debió ser una belleza en sus tiempos de oro.

Básicamente es como tener una caja hexagonal sobre otra, pero la pequeña está más separada del final de la primera, por lo que el vidrio que comienza en la parte superior de la caja mayor tiene un ángulo para que entre el sol, la caja hexagonal menor, tiene las mismas columnas de mármol oscuro como soporte, y termina en algo que no puedo alcanzar a ver, hacer unas columnas de ese largo me parece tarea complicada, digo, ni siquiera sé cómo se hacen porque no es mi ramo, pero, supongo que es complicado. Voy caminando tranquilo, doy la vuelta por el hexágono mayor, me doy cuenta de que realmente es grande el lugar, podrían vivir varias personas aquí, me siento en tranquilidad, pero, justo escucho pasos en la sala por donde estoy pasando. De nuevo me siento nervioso, trato de entrar, una tontería pues cualquiera pudo haber entrado y dudo que tengan modales como para hablar.

—Oh, hola — dice un chico acompañado de otro que está mirando un vitral donde sale la dama de la Bondad, yo no sé realmente qué contestar, aún estoy manejando mi ritmo cardíaco. — tú... no deberías de estar aquí ¿Qué te trae por aquí?, no hemos visto nadie que entre a este lugar especial.

—Yo... soy el nuevo dueño del... lugar — no sé por qué doy explicaciones, pero la cara del chico me da confianza — ¿Cómo... cómo entraron?

—¿Por qué nadie viene al templo? — responde el otro chico, aunque en sí, pregunta.

—Nadie había abierto este lugar desde hace años, yo... es, la primera vez que vengo, no estoy muy seguro por qué cerraron, supongo que el mantenimiento era realmente caro o algo así.

–Hola, puedes decirme Sac, con S, y él es el caballero de la Bondad, pasábamos a ver el templo de ciudad Aurora, desde hace días, de hecho, y hoy, bueno, hoy por fin alguien llegó.

–Yo... soy... Giotto Aldobrandeschi, así que... ¿puedes hacer que por fin sienta paz?

–Bueno... yo no soy la deidad de la Paz, pero, si sientes maldad dentro de ti, puedo ayudarte con eso, después de todo podrías llegar a la paz de la misma forma.

Tenía un corte como las personas del ejército, medía como ciento ochenta centímetros, noté que en verdad estaba flotando, así que, supongo que estoy teniendo otra de esas cosas que imagino, al menos no estoy sufriendo, le seguiré el juego a mi mente. Sac tiene los ojos rasgados, es más pequeño que la Bondad, llevan trajes blancos, sinceramente quiero tener un diseño como ese, acabados azules turquesa, botones dorados, una belleza, en fin, regresando a mi fantasía, nunca había tenido una positiva, pero se siente bien, debe ser algo en el sitio.

–¿Y qué necesito hacer para obtener tu ayuda?

–Bueno, podrías... pues, es la primera vez que lo hago, podrías contarme todo lo que te pasó, sí, eso suena bien, además podríamos venir con ese pretexto, es decir, con ese objetivo. Solo necesitaré una promesa, deberás restaurar este sitio, ¿entendido?

–Claro – después de todo estaba soñando despierto

–Qué bien, Sac y yo vendremos dentro de una semana, así que, te esperaremos aquí – con esto, el caballero de la Bondad se acercó flotando, me entregó un broche.

Tenía forma de mariposa, lo miré por un rato, y cuando volví a alzar la mirada, ya no estaban, pero el broche seguía ahí, lo toqué con mi otra mano, lo piqué, y era frío, lo palpé con el rostro y comenzaba a calentarse a medida que seguía con el toque de mi piel, era real, miré el vitral, miré los asientos a los lados, la mesita del centro en forma de rectángulo con un jarrón pequeño que seguramente no tenía flores desde hace mucho tiempo, todo gris, todo sucio, en realidad en buen estado, solo estaba sucio, pero parecía que todo estaba hecho de materiales sumamente buenos. Me toqué el rostro, pensaba en lo que había dicho.

–Creo que... creo que de verdad, en verdad tengo que restaurar este lugar.



## Teresa: El jueves de ausencia

¿En qué estábamos?, cierto, cierto, la siguiente semana en jueves, me llegó una carta, dijo que no podía verme ese día, pero, me mandó la dirección de donde estaría, supongo quería que lo acompañara, no era ninguna prueba, mis ojos se pusieron tristes, aquel sitio era el panteón de la ciudad. Tomé algunas cosas, me cambié de atuendo por algo más oscuro, y me marché.

Tomé un carruaje, pagué, indiqué la dirección, y por amabilidad, el cochero me bajó el precio, supongo que me vio llorando, no sabía bien por qué lloraba, ni siquiera era mi familiar, pero, no me gustaba la idea de que Giotto estuviera triste, y de la nada comprendí cosas diferentes, es decir, Sofía siempre me ayudó y tuve cierta empatía con ella, aunque, debo de admitir que le dejé una gran carga, que yo misma ya era una carga, pero con él, pensaba como si estuviera en su lugar, no era un complemento de mí, era, como si fuera yo, era como si cuando se cortara yo también sintiera la sangre correr. Era fantástico, porque sabía que le pasaba lo mismo a él, y entonces estaríamos el uno para el otro, quería casarme ya, pero iba a un velorio.

No les mentiré, tenía ganas de declararme ahora yo, pero, no era buen día, la noticia podía esperar, estaría con él pasara lo que pasara. Al llegar bajé, el cochero me dio unas palabras de condolencia, las acepté como si fuera mi familiar quien hubiera fallecido. En la entrada pregunté en dónde estaban realizando servicios funerarios, aparentemente era el único al momento, me fui al lugar, ya había estado ahí por mi mamá, llegué y no ve absolutamente a nadie, es decir, claro que había gente, pero, solo estaba Giotto y un chico, tendría menos de veinte años, la que estaba dentro del ataúd era su madre, y Giotto era su tío.

Nadie más estaba en el sitio, solo nosotros tres, Giotto me miró con paz, no había hablado, era raro, pero su silencio dolía, él no es de pocas palabras, pero, supongo que a veces realmente no hay nada que decir, simplemente te quedas ahí y esperas, y eso fue justo lo que hicimos, poco después una llovizna nos tuvo mirándonos a cada uno, el chico lloraba, y no parecía saber que hacer.

—Él... no tiene padre — por fin habló — su madre no era muy querida en la familia.

—Giotto, no digas eso, ya lo está pasando mal de por sí, creo que, lo mejor es callarnos.

–No, señorita, él tiene razón, mi madre no era querida – dijo con una voz que no parecía de él – me llamo... Rubén, le, ¿me podría hacer un favor?

–Claro, dime – contesté mientras veía cómo sus lágrimas se diferenciaban de la suave briza que nos rodeaba – ¿qué es?

–¿Podrían dejarme solo con ella un momento? – ya no trababa de contener el llanto.

Nos fuimos Giotto y yo, le pedimos que fuera con nosotros cuando gustara, nos quedamos bajo el techo de alguna otra persona muerta, el lugar era variado en sepulturas, algunas eran mausoleos, pero los colores no cambiaban del gris de las piedras. Ya fuera gris oscuro por la piedra que ya estaba mojada en el suelo, o gris claro por las piedras que aún estaban secas. Los caminos estaban formados por guijarros y pegados entre por una pasta gris aún más clara, en los bordes la hierba crecía verde, pues las lluvias del sitio eran constantes, pero usualmente suaves. Los árboles se alzaban en la distancia marcando la separación de áreas del panteón, pues no se mezclaban pedazos con otros, algunos valían más, el mejor negocio parecía el de la tierra. Miré el traje oscuro de Giotto, tenía bolsas pequeñas, un anillo en el dedo medio, y en la otra mano tenía otro anillo en el dedo índice, no dije nada, no había que decir nada, después de un rato, Rubén fue con nosotros, ahora llevaba un bolso, sacó un paraguas que tenía pinta de estar pequeño, y después de varias maniobras lo abrió.

Entramos cómodamente los tres bajo la sombra de la oscura tela, no dijimos nada, el camino parecía el triple de largo de lo que recordaba, y los pasos fueron lentos, pues no pretendían llegar a ningún lado, solo tenían por tarea avanzar, y a donde fuéramos, estaríamos en silencio, y a donde fuimos, lo estuvimos. Después de eso, no los vi hasta el siguiente jueves.

–¿Te sentiste así con tu hijo?, ya sabes, cuando te enteraste de que Dobrilo...

–Cereza – dijo Angelina interrumpiéndola, le dio un pellizco

–Descuida, está bien, cuando me enteré yo, bueno, me quedé en silencio, durante un buen rato, fue bastante bueno desde que nació, lo lleva en el nombre, ese nombre... no fue su error, fue el mío, cuando necesitaba a alguien yo no estuve. Me alegro por ese chico, Zuzen, me parece que le está yendo bien, Alejandro lo está cuidando muy bien, él no está equivocándose.

–Teresa, no seas tan dura contigo.

–No se preocupen por eso, creo que ya encontré cómo dejar de pensar en eso, pero, díganme, ¿siguen hablando con Zuzen?

–Eh, no realmente, yo, no le he hablado desde que murió Dobrilo, bueno, un poco después, por... ya ni siquiera lo recuerdo.

–Oh, miren, ya está comenzando a llover, será mejor que nos marchemos todas, espero traieran paraguas cada una.

–Teresa, mi madre... te mandó este pastel, bueno, este pequeño pastel, espera, ah... esto no es, ni esto, aquí está, mira, está en cajita para que no se aplaste. El diseño lo hicimos juntas entre ella y yo – dijo señalando a su amiga.

–Es muy lindo, muchas gracias, chicas, será mejor que se vayan a sus casas.

Las tres nos fuimos, pero, esta vez no regresé a casa del señor Félix inmediatamente, busqué otras mesas, miré el cielo, gris, como en aquel velorio de la madre de Rubén. Donde quieras que estés, Rubén, lo lamento, no sabía que no debía ayudarte de esa forma, pero te veías tan... no importa, no creo que haya nada más que decir. Agacho la mirada, las piedras hexagonales del camino no son gris, parecemos más color rojo, no este no es un panteón, pero, se siente igual, hoy, conmemoro la muerte de mi hijo, aquel que pretendí no amar. Mírame, Giotto, si estás viéndome, mira lo que he hecho y por favor dime qué castigo merezco por esto. Aún con arrepentimiento, no puedo volver mis pasos, Crisálida espera con el doctor Dedekind, pero, eso es otro asunto.

Veo la pequeña caja, un forrado color cereza, es lindo, y gracioso, tomo el pastelillo, sabe bastante bien, huele muy bien, sin duda ha mejorado. La lluvia continúa aumentando su fuerza, bajo el resguardo del techo de la mesa, mi silencio se me escapa, no queda nada qué decir, Dobrilo está muerto, y yo estoy justo como Rubén, cierro los ojos. El aroma de la lluvia es lo que percibo, siento cansancio, pongo mi cabeza sobre la mesa, y espero a que pase la tormenta, no la de agua, sino la que cargo conmigo, esa que, aunque seco esté mi corazón, está presente todo el tiempo. Doy otra mordida al pastelillo, se siente que lloro y callo.

